EDUARDO FREI MONTALVA

AUN ES TIEMPO...

1942

EDUARDO FREI MONTALVA

Aun es tiempo...

SANTIAGO DE CHILE

1942

A los que sufren las injusticias y la mediocridad presente, y desafiando el sacrificio, la pobreza y aún el fracaso, están dispuestos a luchar con fe, por una Patria grande.

Tall. Gráf. "El Chileno", Rosas 1281, Stgo.

Al Dr. J. Mackay
como un recuerdo de
su estadia en la ciudad
de Valparaiso.

Waldo Ross

17 - IX - 46.

I

Tres Etapas.

La Historia de Chile puede dividirse en tres grandes períodos: la Conquista, la Colonia y la República.

La Conquista fué dura y tuvo contornos de epopeya, como que fué la única de América que mereció ser cantada en los endecasílabos he-

roicos de Ercilla; consumió los mejores tercios españoles y atrajo a grandes capitanes.

La Colonia fué pobre y opaca si se la compara con los Virreinatos del Perú, Méjico y aún de Nueva Granada.

La República debiera haber seguido un camino semejante. Pero el hombre superó a la naturaleza y si bien Chile era una pobre Capitanía, fué después una Nación en forma.

Tuvo una aristocracia con eminentes condiciones políticas: poseía un sentido innato de la autoridad; patriotismo y visión de los problemas. No fué un hombre quien estructuró esta República: fué un grupo social con ánimo constructivo y sentido de empresa y un pueblo de capacidad admirable, si se le compara al resto de los países Americanos, quizá porque la conquista había eliminado al indio y aumentado considerablemente la proporción de sangre europea. Se sucedieron así una serie de figuras sobresalientes que, con extraordinario espíritu de progreso, aprovecharon estos elementos.

O'Higgins es el primero entre muchos. No fué sólo un capitán como se ha creído. Su correspondencia revela una cultura más profunda de lo que pudiera imaginarse.

Sin embargo es el período Portaliano el que

abre la gran época. Portales y Bello son las figuras cumbres.

El primero afirma la concepción de un Estado autoritario e impersonal, y el segundo nos da leyes que organizan y crean un alto sentido jurídico.

Pero no solo son ellos: la ilustración superior de Egaña, la inteligencia de Renjifo y Joaquín Tocornal, el eminente patriotismo de Búlnes, la discreción de Prieto permitieron veinte años de tranquilidad activa.

Después habían de venir Manuel Montt y Antonio Varas que poseían, por encima de todo, una energía asombrosa, puesta al servicio de ideas prácticas y de realizaciones generosas.

La autoridad, elemento formal de la sociedad se hace estable, no para mantener el orden en lo negativo, sino como principio motor que crea, mueve y ejecuta.

La autoridad tiene así una clara visión de los problemas de América y por eso afronta la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana; comprende que la educación del pueblo es tarea primera y da impulso extraordinario a escuelas e Institutos y desarrolla y amplía la labor universitaria. En lo económico no necesita intervenir pues no se pensaba en aquellos tiempos, en la economía dirigida y sobraba la iniciativa en los particulares.

El Estado fuerte no ahogaba las expresiones de la libertad; pero sabía entender cuan amenazada de anarquía vive una sociedad en formación. El romanticismo de Bilbao está bien en los libros; pero, en la presidencia, se requiere la seca figura de Montt.

De ahí que Chile pintado como una cárcel por los herederos del pipiolismo, es el refugio de todos los hombres que huyen perseguidos por los tiranos. Son los tiempos en que Mitre y Sarmiento, enseñan y escriben en nuestras escuelas y periódicos.

Después de Montt comienzan a diseñarse las primeras grietas en el edificio Portaliano: al estadista sucede el parlamentario.

El espíritu eminentemente patriótico continúa inspirando la vida social. Es aquí donde se ha construído el primer ferrocarril, promulgado el primer Código; funcionado normalmente un Congreso. Sin embargo el Ejecutivo ya es más débil y, frente a él se diseña el Parlamento.

El grupo social dividido, no por razones de carácter económico, sostiene entonces las grandes campañas teológicas.

Así como los primeros treinta años pueden resumirse en los nombres de Portales, Bello y Montt, después del año 1860 podemos colocar

como símbolo a los Constituyentes del año 70 que pintaran los Arteaga Alemparte.

Si recorremos los nombres más destacados nos encontramos con Isidoro Errázuriz, Abdón Cifuentes, José Victorino Lastarria, Manuel Antonio Matta, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Santa María, Marcial Martínez, Carlos Walker y muchos otros que sería imposible enumerar. El hombre, que centra la curiosidad y el poder es el orador que abre el torrente de su elocuencia en el Congreso, y va arrancando una a una sus prerrogativas al Ejecutivo. La libertad electoral, el matrimonio civil y tantas otras campañas ocupan el plano primero de las preocupaciones y si bien no se han perdido las cualidades esenciales ya no se nota el impulso anterior.

La situación había de liquidarse con Balmaceda.

Es apasionante la figura de este soñador que, salido de la esencia del parlamentarismo, se transforma después en estadista: quiere edificios, ferrocarriles, recuperación del salitre para el patrimonio del Estado y una cantidad de reformas sustanciales.

Había de chocar por ley histórica con el Congreso, en que se unen para combatirlo desde don Abdón Cifuentes el ultramontano hasta don Diego Barros Arana.

El espíritu de partido amenazado olvida las diferencias para combatir al que quiere volver a un fuerte Presidencialismo.

Derrotado Balmaceda comienza lo que se ha llamado el reino del Parlamentarismo. Del año 1860 a 1890 existe todavía un equilibrio y en el poder están personalidades fuertes como Santa María y Balmaceda. La guerra del 79 es una tregua necesaria. En las Cámaras hay hombres de primera línea por su cultura superior y sus anhelos de tipo nacional. Después de la Revolución se rompe el dique. Los partidos pasan a dominar sin contrapeso y hasta la presidencia llegan hombres honrados y respetables, pero sin ninguna característica de capacidad constructiva. Tal vez don Pedro Montt pudiera señalarse como excepción. Es la época en que comienza la decadencia de Chile cuya liquidación estamos presenciando con todas sus consecuencias.

Pero ya no sólo es preciso mirar al terreno político. La evolución de los acontecimientos mundiales ponen en el primer plano dos factores: los sociales y los económicos.

No es en los salones, donde las minorías selectas discuten sobre filosofía o se distribuyen el Poder, sino en la calle, que se plantean los debates.

Una clase media nacida en Santiago y pro-

vincias, educada en el Liceo y en la Universidad, encabezada por los profesionales y maestros, realiza activa propaganda, adquiere conciencia de su fuerza y escala importantes situaciones.

Quiere su parte en la cultura, en el Gobierno y en las ventajas que da el dinero. Socialmente amargada y con una admiración que disimula en odio, por la antigua clase dirigente, la combate sin tregua y la va batiendo en sus posiciones.

Más abajo está el pueblo. En los centros mineros y urbanos ha sufrido la miseria y conocido su valor. Ya no es el campesino inexperto e ingenuo: es el proletariado industrial. Agitado por una propaganda, aún romántica como la de Recabarren, evoluciona hacia el sindicalismo y la dialéctica marxista que le entregarán su disciplina.

Estallan así las huelgas sangrientas del Norte y de Valparaíso que coinciden por extraña paradoja con los años del mayor bienestar económico del país. Se va gestando un movimiento obrero que cuenta sus muertos, que sabe de cárceles y represión.

Ningún cauce detiene o modifica el proceso clásico: un liberalismo elegante de sufragio restringido y de hombres refinados; un radicalismo laico, que no se basta con la libertad

política y es exigente de igualdades, que apoya la clase media dirigida por sus intelectuales; un socialismo marxista, popular y violento en que el problema económico desplaza al plano político.

En esta hora se debió ver más claro y más lejos y por desgracia en el terreno político se desarrolla ese tipo humano que ha alcanzado su definición en una sola palabra el "macuco". Es el hombre que sabe capear las dificultades, que se agacha a tiempo, dotado de una singular ironía socarrona, destruye un entusiasmo con una frase o con un gesto burlón. Ama las "realidades", desprecia las grandes ideas; es de una asombrosa capacidad de equilibrio y sin dejarlo sentir, en los pasillos forma sus combinaciones. Jamás se compromete. Es incapaz de una gran Política con mayúscula; pero llega a simbolizar al "político" que para el pueblo significa siempre un engañador hábil que aparece justamente en los períodos electorales y que no vuelve a ver hasta la nueva elección.

Desde el 91 hasta hoy ha ido decayendo rápidamente. Antes por lo menos sabía construir bellas frases y no faltaban entre ellos nobles y apasionados defensores de un parlamentarismo que en sus tiempos aparecía como una fórmula posible de gobernar a los pueblos. Sin embargo no es tanto por lo que hizo sino por

lo que se dejó de hacer, que fueron estos años funestos. Hay quienes piensan que se llega al gobierno para estar en él y para mantener el "orden". Es el más torpe de los conceptos. La autoridad es el elemento activo e impulsador y si deja de serlo, la sociedad se corrompe y degenera.

II

Las grandes faltas.

La clase social dirigente no supo comprender esta nueva perspectiva; prefirió ignorarla, negarla o en el mejor de los casos quizo sólo mantener un criterio patronatista inspirado más en la limosna que en la justicia. En el fondo siguió pensando que era la "aristocracia"

poseedora; y los que pedían reformas, revolucionarios peligrosos a quienes se debía cerrar todo camino.

Esta incomprensión ha resultado fatal pues la lucha de clases ha llegado a tener caracteres muy hondos que a veces parecen insuperables.

El fenómeno mundial de la captación de las masas por el marxismo debía reproducirse en Chile; pero se agregaba un matiz que hacía más agudo este mal universal y era que el odio se extendía aún a las clases medias en un proceso que daría motivos para un capítulo de verdadera psicología social.

En el momento que se requería una autoridad más fuerte, ésta llegaba al extremo límite de su debilidad: cuando se imponía un reajuste que hiciera posible afrontar los problemas que llegaban, sólo tenía ubicación un tipo humano sin voluntad creadora.

El grupo social dirigente debió en ese momento de la historia abrirse, y por desgracia se cerró. Llegó a asumir las tres formas del poder: el social, el económico y el político.

Tenía las ventajas y el honor del mando y para él estaban organizados los placeres, la cultura, los viajes y el refinamiento. El exceso lo perdió. En otros países ese sentido de aristocracia, está mitigado por una plutocracia.

que en cierta forma abre un cauce al deseo de ascender y muestra un derrotero a los que surjen. Tal derivativo existe por no señalar sino un caso, en la Argentina.

Por otra parte la pobreza del país exije que todos en cierta forma recurran al Estado: los agricultores y los mineros, los profesionales y los empleados. Era pues en el campo de la lucha política, donde debían librarse todas las batallas y donde aparecían los nuevos estamentos sociales que no podían ver en los grupos tradicionalmente dirigentes, sino a enemigos que no los dejaban surgir. Sobre este fondo cuyos rasgos se acentúan progresivamente se han construído cuarenta años de inutilidad. Este es un largo período de desviación histórica, en el cual, en forma confusa y cada vez más urgente, el país va buscando su camino.

Estos años fallidos han sido de acumulación. Todo lo que debió resolverse, todo lo que no se previó, fué dejando un sedimento que agravó los problemas, haciendo más hondo el vacío que separaba las clases y que gastaba las reservas de Chile.

Y ha tenido que llegar la liquidación de un tal proceso y lo estamos sufriendo.

Es posible señalar en algunos trazos cuales son los capítulos en que reside este largo des-

cender, en que jamás se puso la mano. Y el primero es el terreno social.

Si abordamos la realidad social de Chile desde cualquier ángulo por inverosímil que parezca siempre llegamos a cifras o revelaciones que causan pavor. Estas cifras han sido ya tan barajadas que resulta casi inútil repetirlas, pues de conocidas han llegado a no conmover, aunque debieran estar presentes a nosotros como una obsesión dolorosa, como una herida abierta que sangra día a día.

Sin embargo entremos de nuevo en tan obscuro horizonte.

Si tomamos el índice de mortalidad observamos que la de Chile es en el año 36 en que tenemos datos comparativos con otras naciones de 25.3, o sea, la más alta de América del Sur, pues no queremos citar las de otros pueblos. Uruguay sólo llega 9.4, Argentina 11.8; Colombia 12.1, Venezuela 18.2; Méjico 22.4. Países con un clima muy inferior al nuestro nos llevan inmensa ventaja. Esta es la cifra global. Si la analizamos encontraremos aún que el mal es más grave.

Observa, por ejemplo el Dr. Alliende, estudiando la mortalidad el año 1937 que el 50. 46% de los fallecimientos ocurrió antes de los 16 años y en el 60% de los casos debido a la tuberculosis.

No vale la pena seguir. Miremos hacia la alimentación popular, materia que ha sido estudiada por hombres eminentes.

Dice el Dr. Brunet en su informe tantas veces citado: "Para los trabajadores la ración comprendida entre 2,400 y 3,000 calorías corre el riesgo de ser inferior a sus necesidades. Debajo de 2,400 calorías para los trabajadores del músculo la sub-alimentación es evidente y ya muy peligrosa; por debajo de 2,000 calorías la situación se presenta grave y debajo de 1,500 calorías ya son raciones de miseria.

Por esto, considerando los países donde la Sociedad de las Naciones ha hecho encuestas, resulta desalentador comprobar que sólo en Chile, China, Marruecos, en capas de población excepcionalmente pobres y en Polonia entre los desocupados, se han encontrado raciones inferiores a 2,000 calorías.

De aquellas encuestas se deduce que 3,000 calorías es una cifra baja y 3,800 es una cifra conveniente para un adulto que realiza un trabajo muscular no muy intenso.

Acabamos de constatar, termina el doctor Brunet, que solamente el 30% de las familias de la encuesta verificada en Chile, percibe más de 3,000 calorías por unidad adulta de consumo".

Por eso el doctor Santa María ha podido decir, en la Sociedad Médica, que el 49.2% de las personas se encuentran calóricamente en déficit, porcentaje en que, desgraciadamente, concuerdan casi todos los estudios.

Las estadísticas de consumo dicen por otra parte que cada habitante de Chile dispone de 50 litros de leche por año, mientras que el argentino tiene 250, el francés 329 y el americano 323.

En un país de extensa costa se consumen 410 gramos de pescado por habitante al año, en Alemania 11½ kilógramos; en Inglaterra 25 y en el Japón 33.

No es raro que estas condiciones produzcan como resultado una verdadera degeneración en la raza que ha podido ser observada estadísticamente por la disminución de la estatura media de la población, de su resistencia física y de su capacidad orgánica.

Se ha observado que comparando niños de las escuelas primarias con niños de Liceos, mejor comidos, estos tienen mayor estatura y peso. Si esta constatación la trasladamos a la población en general veremos los mismos efectos, que por lo demás se prueban en múltiples casos como en el examen médico para el Servicio Militar que en algunas provincias ha llegado a rechazar al 45 y 50% de los jóvenes que

se presentan, por estar inhabilitados físicamente.

Pero sin duda el problema que, por así decirlo, resume a los otros, es el de la habitación. No es preciso señalar hasta qué punto está relacionada la habitación con las condiciones morales, educacionales y sanitarias de la vida de un pueblo. Estudios hechos por la Caja de la Habitación han comprobado que en Chile existe una mortalidad infantil de 450 por mil en el tugurio y sólo 250 por mil en habitaciones higiénicas.

El diputado Manuel Garretón que presentara un plan para resolver este problema anota las siguientes cifras: considerando solamente la población obrera hay un déficit de habitaciones para 1,800,000 personas lo que significa que faltan más o menos 300,000 casas.

El incremento vegetativo de esa población es un término medio de 50,000 personas, lo que exigiría una cuota de construcción de 8,000 casas anuales.

La población de empleados se calcula en 700,000 estimando los activos e inactivos y según los datos proporcionados por la Caja de Previsión el 80% de los empleados gana menos de $ 1,300.—mensuales y, en consecuencia, rebajando los cálculos al mínimum, faltan casas

o existe un gravísimo problema para 560,000 personas.

Suponiendo, lo que es exajeradamente favorable, que sólo una 3.a parte de las actuales viviendas de dicha población debiera renovarse, tenemos que para los empleados faltan 30,000 casas.

El aumento vegetativo en este sector es de 8,800 personas por año, lo que exige la construcción de 1,200 casas anuales.

Frente a estos datos encontramos que todas las Cajas e instituciones creadas para resolver este problema, no construyen 3,000 casas por año, o sea, no se construye lo necesario para abastecer las necesidades que produce el crecimiento vegetativo y normal, agravándose terriblemente las condiciones para el resto, sin esperanza alguna de solución.

Eduardo Hamilton que hiciera un estudio sobre la situación obrera en la población San José anota los siguientes datos:

266 personas disponían de 107 camas. De las viviendas el 62% poseía un servicio consistente en un pozo ciego, el resto, 38% carecía aún de este primitivo servicio. El 31% tenían piso de madera y el 69% restante, piso de tierra. Sólo el 65% tenía agua potable.

En 109 fundos encuestados en la Zona Central por las Visitadoras Sociales de la Escuela

de Servicio Social de la Beneficencia Pública 19,708 personas poseían solamente 9,348 camas lo que nos da un promedio de más de dos personas por cama, debiendo hacerse presente, como anota el Ministro Allende, que 455 personas disponían de 91 camas, o sea, una cama por cada cinco personas.

"Por su parte la encuesta municipal de Santiago arrojó cifras parecidas: en 1813 familias había una cama por cada dos habitantes; en 614, una para cada tres; en 256 una para cada cuatro; y en 102, una para cada cinco.

Esto resulta de mirar los hechos en conjunto; pero si se estudian ciertos casos particulares ellos arrojan una luz más sombría, si es posible imaginarlo.

En las encuestas realizadas por las Visitadoras Sociales o por Jefes de Bienestar, en algunas industrias, donde las cifras generales y frías de la estadística toman cuerpo y calor humano, se encuentran testimonios patéticos de la miseria material y del desconcierto moral que bien puede calificarse de pavoroso.

Hay barrios de Santiago o de provincia, o centros industriales, donde se ha observado que la iniciación sexual de los niños y niñas se produce antes de los ocho años. Es fácil imaginar los trastornos psicológicos y morales que acarrea tal fenómeno. Y estos no son casos aisla-

dos, por el contrario, resultan de encuestas frecuentes y extensas.

Si se pudiera siquiera publicar el estado en que se encuentra la salud y el nivel moral de la mujer obrera en ciertas fábricas, donde se gastan en breve tiempo la salud y sus últimas reservas espirituales, podríamos medir su significado. Existen al respecto investigaciones que el grueso público no puede sospechar a qué conclusiones arriban.

En los policlínicos y gotas de leche en Santiago, o cualquier ciudad de provincia, se comprueba diariamente la inutilidad del servicio Médico, pues los niños no necesitan remedios, sino alimentos y abrigo.

Es evidente que las estadísticas, las encuestas y la experiencia personal nos proporcionan un cuadro exacto, en todo su desnudo dolor, de lo que es nuestra realidad social. Averiguar las causas sería relativamente fácil. Las investigaciones realizadas llegan a resumirlas: pésima habitación, escasez de los salarios, desorden moral y una educación defectuosa.

Los antecedentes proporcionados nos dan una idea de lo que es el problema de la habitación que llega entre nosotros a reducirse a un elemento más simple: el tener una cama individual.

Necesariamente esta sola condición provoca los mayores desastres en el terreno moral: la promiscuidad entre las edades y los sexos, la calle como único sitio de reunión y diversión para los niños; la insalubridad; los padres que buscan las "cantinas" son otros tantos rubros de un mismo problema.

En cuanto a los salarios que dan el índice de la capacidad de consumo en el pueblo se ha comprobado que ellos son insuficientes. (Otra es la cuestión relativa a la capacidad de pago de nuestra industria y que trataremos también).

Las investigaciones realizadas tanto en las industrias como en el campo revelan que los salarios, por lo general y salvo la excepción de cierta gran industria, no pueden proporcionar al obrero los medios para cubrir sus necesidades normales y con mucha mayor razón para satisfacer los de su familia.

Los años inútiles.

Por eso hemos vivido cuarenta años de inutilidad, porque a los períodos históricos es posible hacerles un balance donde se anotan las ganancias o las pérdidas. Los problemas enumerados no son de un día: resultan en años. Un país no carece de habitaciones, ni de ali-

mentos; un pueblo no se habitúa a los andrajos, en uno o dos años. Es una quiebra de generaciones. Pudo haber en el Estado caballeros muy dignos, pero sin visión. Hubo uno que dijo que para él, el problema del salitre no existía, "pues esperaba en las aduanas". Hubo otro para quien el noventa y nueve porciento de los problemas se resolvían solos y los que nó, porque no tenían solución". Todo esto puede ser de un ingenio que huele a reumatismo; pero cuando miramos todo el panorama del mundo podemos comprobar que el mayor error era dejar a los problemas solos. Así se pudren los pueblos como las charcas: es la voluntad creadora del hombre, su impulso imperioso el que resuelve y engendra la vida.

En estos cuarenta años pudo haber honradez y dignidad en lo individual, existieron figuras morales de primera categoría y aún, períodos de actividad constructiva como son el de Ibáñez y el del Ministro Ross. Esos aspectos no pueden negarse; pero aún estas excepciones son escasamente válidas, pues ambos cometieron por otros conceptos tales errores, que su eficacia careció de trascendencia y de ese mínimum de acogida afectiva en el pueblo, que es condición esencial.

No puede olvidarse tampoco la figura de Alessandri que canalizó en un momento la evo-

lución social y que gobernó con talento en su segundo período. Por muchos capítulos ocupará un lugar destacado en la Historia de Chile.

Pero sin duda que lo más doloroso resulta en el comparar. La población es la fuerza de un país y da la medida de su importancia. Cuando una nación tiene escaso número de habitantes, detenida la corriente de inmigración, que es un flujo vital decisivo, menguado su crecimiento vegetativo, podemos afirmar que carece de porvenir. Y esta afirmación cobra mayor importancia si a su alrededor se produce el fenómeno inverso. Chile tiene hoy 5,000,000 de habitantes; Argentina 13,000,000; Perú 7,000,000; Colombia 8,000,000; Méjico 19,000,000 y Brasil 41,000,000.

Sin embargo podemos anotar que la población de Argentina el año 1855 era de un millón doscientos mil habitantes y la de Chile ese mismo año era de un millón cuatrocientos treinta y nueve mil habitantes. Se ha podido establecer estadisticamente que la inmigración total de Chile desde su independencia es menor que la recibida por Argentina en un solo año. Esta relación es importante porque nos señala un indice de lo que fuimos y de lo que somos. Al mismo tiempo nos golpea como una advertencia, porque no podemos seguir indefinidamente especulando con nuestra homojeneidad

racial y otras frases ya un tanto hechas, pues los esfuerzos que se hacen en esos países por industrializar y elevar el nivel de la población harán desaparecer en el curso de breves años, las diferencias que ahora anotamos.

En estos años por dejarnos llevar de esa modorra y preferir que los problemas se resolvieran solos, hemos perdido oportunidades preciosas y hemos ido descendiendo, lenta o apresuradamente, el plano que conduce a los pueblos a una inferior categoría. Toda argumentación en contrario no destruirá este hecho. Y no es pesimismo mirarlo así, porque el verdadero optimismo nacerá cuando reconociendo los errores, tengamos la entereza de encarar la realidad nuestra con la decisión de recuperar estos años perdidos.

III

Cambio de régimen.

Las clases medias que habían consolidado sus posiciones administrativas, lograron obtener la plenitud del poder político con la elección del año 1938.

La concentración en manos de un grupo de todas las ventajas económicas, sociales y polí-

ticas en un ambiente tan pequeño había aumentado hasta lo inverosímil la presión popular.

Habilmente explotada la miseria de la inmensa masa fué posible organizar partidos de tipo proletario en la social-democracia del P. Socialista y en el comunismo.

El P. Radical, de clase media, sostenido por esas fuerzas políticas y sindicales llegaba al Poder como mayoritario y en plenitud de ejercicio, ya que parcialmente había participado en él, en numerosas ocasiones.

El ataque contra el estado de situación que encontraba fué duro y dió espléndidos resultados en el terreno electoral. La Derecha no tuvo como defenderse de esta tremenda oleada en que se mezclaba al fervor, la esperanza. Pero también y eso era lo nuevo con relación al año 1920, no solo se movían las turbas inexpertas sino que se precisaba la acción coordinadora de una metodología marxista y la disciplina de fuerzas cuyos comandos actuaban conscientemente.

Sólo leyendo la historia de la antigua Roma puede medirse la igual sustancia de la naturaleza del hombre y la sociedad, cuyos episodios se reproducen en lo grande y en lo pequeño casi con monotonía.

Ese año una antigua clase dirigente eligió al más caracterizado de sus representantes, que le infundió soberbia y audacia, para defender sus últimas posiciones.

Alessandri, con intuición infalible, parecía comprender donde iban y la imposibilidad de detenerlas. Entre sus méritos estará el habernos conducido en paz por la encrucijada.

Desde entonces hasta hoy continúa un largo y penoso debate, que se reproduce en las Cámaras y en la Prensa y es el culparse por las miserias presentes y buscar los responsables.

Parapetada la Derecha en el Parlamento y en la Prensa se ha transformado en acusadora: denuncia ineficacia y escándalos. Muestra el fracaso económico de las Cajas y de toda la Previsión; revela desorganización administrativa, enormes derroches y afirma violenta que nada se ha hecho.

La Izquierda responde que eso es falso, que ellos entregaron el país en bancarrota y tratan de probar que construyeron ellos los hospitales, que aseguran los otros haber comenzado.

Sin embargo; qué inútil y qué torpe resulta este debate ante el cansancio de los espectadores!

A unos y a otros. podríamos llamarlos ante la Historia Grande, y hacer un juicio, en términos más claros.

Es inútil afirmar si esta Caja estaba antes o después en quiebra. La verdad es que antes administraban mejor, con más experiencia, mayor conocimiento técnico y la verdad también, y casi siempre, con mayor honradez. Se llevaban mejor los libros y es natural que así fuera, no en balde se habían llevado más de un siglo y los años enseñan. Y no sólo los años, sino la calidad. Estas son las líneas gruesas aunque puedan oponerse algunos casos aislados.

Llegaron los nuevos, como todos los nuevos en el Poder desde que el mundo existe, con su cortejo de ambiciones, de incapacidad técnica, con todos los trastornos, las pérdidas y las roturas de una mudanza. Las revoluciones y los cambios en la sociedad, no los han hecho jamás gentes muy modosas. No se puede juzgar la revolución Francesa por la inmoralidad de Mirabeau o la cruel fisonomía de un Marat. Y en Chile hubo una revolución, en cuanto se cambió toda una clase gobernante por otra, objetivamente considerado el fenómeno.

Ese debate, pues, está mal planteado. Es que es necesario sacarlo de las rapiñas chicas que debe castigar la policía, pero que no pueden llenar sino un episodio, nunca un capítulo de la Historia Grande. Todo este escándalo y es-

candalera es una gran cortina de humo que sirve para ocultar lo que importa.

Y lo que importa es lo que mide a un pueblo. Y a un pueblo se le mide desde fuera, nunca desde dentro. Otra cosa es el juicio que la medida.

Para saber lo que es la Argentina de hoy no necesitamos saber si el Gobierno pasado construyó ese hospital y si lo terminó éste; ni averiguamos quien administró mejor tal Banco. Son otras las grandes preguntas que pueden hacer los que no están en la escena.

El año 1938 pudo entregarse un país con buena legislación social, presupuestos equilibrados, honrados administradores. Todo eso está perfecto y el rubro está aprobado. Pero hay más como ya lo dijimos: se entregó un país con una población reducida; con una mortalidad general al más alto nivel; con un déficit inverosímil de habitaciones. Se entregó a un pueblo disminuído y "tirillento", sin fé en sí mismo, y con una enorme dosis de amargura, que a veces es odio. Un puesto que teníamos en América por eso mismo se había ido perdiendo. Las grandes riquezas fundamentales—cobre—hierro—salitre—electricidad— estaban en manos extranjeras y ni un paso serio se había dado porque dejáramos de ser lo que somos: una especie de colonia económica.

Pueden señalarse éxitos aislados dentro del conjunto; pero no se quebró el ritmo.

No bastan las individualidades brillantes, ni las realizaciones parciales, frente a los grandes hechos que dan contorno a la historia de un país.

Este es el debate grande y es pequeña la disputa sobre cada pequeño episodio. Ahora bien, pasados cuatro años y ante el mismo juicio los vencedores del año 1938 nada tienen que responder tampoco. ¿Han mejorado el nivel social y económico del país? ¿Han levantado al pueblo? ¿Han recuperado las riquezas perdidas? ¿Han corregido algo de lo que criticaron? Y la respuesta nace rotunda porque está en la conciencia universal de los chilenos: nó.

Se podrían perdonar los errores, los déficits presupuestarios, la incapacidad y el atropellamiento, todo se podría olvidar si estuviera cubierto por una tentativa grande en marcha, por un plan que comenzara a desenvolverse. Se llegaría a perdonar si se vislumbraran los basamentos de un futuro.

La verdad es que se ha continuado la misma política, haciéndola más pequeña y se ha prolongado la inútil disputa, haciéndola más esteril.

El pueblo sigue esperando la casa, la ropa, el pan.

Las reservas económicas del país siguen huyendo de nuestras manos vacías.

Todas esas discusiones sobre la Caja de la Habitación en que se barajan cifras y cifras no importan nada, porque el mismo pueblo sufriente sigue en iguales pocilgas, y todos los discursos sobre habitación no valen una casa construida.

Hay senadores que discuten sobre qué gobierno dió más fondos al Seguro, quién administró mejor la Seccción Vestuario; quién construyó el nuevo Hospital de Pitrufquen. Todo eso está bien, pero las otras grandes preguntas están en pie y sin respuesta.

Los vencedores del año 1938 podían criticar: la masa inmensa del país estaba con ellos y en sus manos tenían su fe ardiente. Después de cuatro años sólo quedan las escusas y las explicaciones, el echarse mutuamente la culpa. ¿Que pueden decir ustedes, preguntan los de hoy, si cuando nosotros llegamos encontramos un país en decadencia? Y tienen razón. Pero los de ayer responden. ¿Y donde está la obra de ustedes? Y estos tampoco pueden contestar porque ellos mismos saben que no tienen eficaz respuesta. Y el país guarda silencio frente a estas dos interrogantes inútiles. Ambos responsables juegan a eludir su propia responsabilidad.

IV

La quiebra del partidismo.

Las grandes angustias colectivas tienen por lo menos una traducción verbal, porque siempre ejercen presión en el ambiente.

En un país de escasa población y por consiguiente con limitadas perspectivas en cuanto a capacidad humana, la esclusión partidista es

casi locura. Dividir el exiguo capital hombre es temerario, y empobrece la vitalidad colectiva; de ahí que se haya hablado con insistencia de un "gobierno nacional". Es tal la claridad de este problema que en la última contienda electoral se apeló a muy semejantes motivos en la propaganda; pero la desgracia reside en que la frase se usó a engaño: esa voluntad no existe sino para cubrir el estrecho e indestructible espíritu de partido.

A pesar de todos los esfuerzos los comandos que actúan sobre la opinión pública han exajerado la división, ahondándola.

El error comienza en pensar que un gobierno nacional reside en la mezcla de los hombres de diferentes partidos o en la distribución de los cargos, combinación que no puede resultar, ni trae ventajas. El único gobierno nacional posible es el que resulta de un plan de gobierno, de una perspectiva mental, de una voluntad y sobre todo de una acción que tenga como objetivo salvar la nación entera, saltando por encima de los grupos, por importantes que ellos sean.

Es evidente que todos los gobernantes creen hacer gobierno nacional porque hasta ahora en la Presidencia ha habido hombres moralmente limpios; pero este no existirá mientras

no se esté en vías de resolver lo que señalamos como los males profundos de Chile.

Cuando esa acción se emprenda con un criterio definido será posible encajar a los hombres útiles en el rigor de una tarea y en su ubicación precisa, no para mezclarlos, sino para conducirlos, extrayendo toda su potencialidad de esfuerzo y de inteligencia. Esto no excluye el dominio político de un grupo, pues ya sea en una democracia o en una dictadura, y es la trayectoria de todas las sociedades, habrá alguien que mande; pero que mande una vez llegado al Poder con un sentido y no en función indefinida de grupo que aprovecha del triunfo.

En estos últimos años el partidismo se ha exajerado y en sus peores términos, a pesar de aparentes treguas.

La derecha, que jamás se ha conformado con la pérdida del Poder, ha exajerado el tono de su beligerancia, y a través de su prensa ha ido copiando la táctica comunista: todo lo del adversario es malo, no hay que reconocer nada bueno de los que están al frente, es preciso violentar el tono de la crítica y hacer la defensa cerrada de los intereses que se representan.

Las empresas tienen siempre la razón, el capital es el único oprimido, los sueldos y salarios no deben subir.

Los que leen su prensa ignoran muchos antecedentes, o los conocen parcialmente. La pasión domina la verdad y los hombres de esos partidos que tuvieron mayor serenidad y pudieron tender lazos de concordia han sido relegados al olvido, cuando no objetos de una sorda y tenaz persecución. El sólo nombre de Gumucio basta como prueba.

No puede negarse, sin embargo, que esta acción ha sido recíproca y paralela en los dos bandos. Quién es el responsable primero, sería materia de investigación y lo que nos importa es constatar hechos.

El triunfo del año 1938 obtenido por el pueblo, lo han aprovechado los partidos. Otros son los Ministros y los grandes y pequeños funcionarios, otros son los que usan los automóviles fiscales y viajan en comisión a Europa, al grupo tradicional lo han reemplazado otros elementos.

Todo el inmenso aparato de la burocracia ha pasado a ser la cuota del radicalismo en su primera y mayor proporción, a continuación y cada vez en menor escala los socialistas y por último en categoría porteril, los democráticos, apéndices dóciles de todos los gobernantes, que junto con usarlos para completar exiguas mayorías parlamentarias, no les ocultan su poca consideración, arrojándoles en pago uno que otro servicio o Ministerio.

Para llegar a un cargo público se requiere el padrinazgo de algún influyente miembro de esos partidos que ya tienen toda la apariencia de agencias de colocación. Sólo en casos excepcionales logra colocarse alguien que no pertenezca al clan dominante y se hace cuestión de gobierno hasta la provisión del empleo más modesto.

Siempre han tenido preferencia en la repartición de los beneficios fiscales los miembros del partido triunfante, pero jamás se había sistematizado este vicio en tal escala, ni se había ejercido presión en los funcionarios, a quienes se ha puesto en inumerables casos como condición para la permanencia o el ascenso, el ingresar en el partido que dispone del Servicio respectivo.

Es así como han surgido innumerables mediocridades sin categoría técnica o cultura superior, y se ha ido señalando toda la vida dirigente del país por una coloración opaca, sin grandeza, sin iniciativa creadora, sin esos rasgos que definen los caracteres que por su sola presencia elevan el nivel de una comunidad cualquiera.

Los partidos de izquierda han tentado la empresa de hacerse inconmovibles a través de la burocracia, sin caer en la cuenta que este es el poder más efímero. Nunca habrá suficientes

cargos para tantos solicitantes y será siempre mayor el descontento de los que están afuera, que la soñolienta y apática adhesión de los que están adentro, asegurándose la tranquila posesión de un beneficio. El desgaste de este proselitismo político se verifica con velocidad; pero por lo menos lo sufre una generación y lo soporta el país que se ve sometido al más mediocre de los regimenes.

El peor injerto.

Prácticamente asistimos hoy al más fracasado de los ensayos y es lo que podríamos definir como el injerto liberal-socialista.

El capitalismo como forma económica respondió a un momento perfectamente definido en la evolución social: es la expansión libre e indefinida de la iniciativa particular en conquista de todos los elementos. Y para ello fué de una eficacia asombrosa, desarrollando enormes potenciales de riqueza y explotando reservas mundiales de materias primas. Llegado al límite, sus defectos pesaron más que sus ventajas, que por una ley interna tendían a desaparecer y surgió el socialismo como sistema. Comprendido de una manera total como en Rusia y Alemania implica una fórmula eficaz de trabajo y distribución por cuenta del Estado que es el único capitalista y empre-

sario. En definitiva este sistema es anti-humano porque aplasta y desconoce el valor hombre, pero su eficacia es indiscutible, como lo fué en un momento la esclavitud.

Pero lo peor es el mezclar ambos regímenes: no funciona bien ninguno: ni el capitalista desarrolla libremente su iniciativa, ni el control del Estado es eficaz. La verdad es que se termina por tomar medidas aparentes como alzar los sueldos y salarios, para que en cambio suban más los precios y aumenten las utilidades; pero el poder económico sigue perteneciendo a los mismos que antes lo tenían, quienes con mayor conocimiento manipulan las finanzas ante la inexperiencia de los nuevos gobernantes.

En el fondo estos gobiernos han sido de derecha económica y de izquierda política, y de ahí que a menudo se vea que la Derecha vota con el Gobierno los proyectos de carácter económico y la Izquierda solo lo acompaña en las votaciones de orden político.

La verdad que no han tenido criterio técnico diverso ni una orientación clara: defienden los precios en el almacén, pero no llegan a la estructura de la economía, buscando las causas. Un socialismo del Estado, lleno de timidez, que jamás toca realmente al poder económico y que para darse la apariencia de un

control, crea oficinas e inspectores; pero que no dá soluciones estables, pues siempre se queda a medio camino. Lo real es que el cambio es de apariencia, y de etiquetas o personas, de demagogía y de periodismo, pero no de construciones: en el fondo hay un complejo de inferioridad y se está mirando siempre, aunque con disimulo, el rostro del adversario. Como no se sabe que hacer y no se ha justificado en las obras, carece de seguridad en si mismo. Hasta cuando se le produjo la oportunidad de traer miles de vascos o refugiados españoles, previa una selección, buscando los mejores obreros calificados que ya han demostrado su habilidad en otros países, creando nuevas industrias, se asustó ante algún artículo de diario, porque ya había manchado sus manos y carecía de seguridad para decir lo que convenía. Y se perdió un maravilloso momento para una inmigración que tanto necesitamos.

Los riesgos posibles.

Es de toda evidencia que el país real se va desvinculando cada día de los partidos. Si a los antiguos se hace el cargo de haber olvidado que el objetivo de un gobierno no es sólo administrar con honradez y aprovechar el natural

desarrollo de la nación, sino hacer justicia y elevar en dignidad humana a la gran masa, a los de hoy no les perdona su ceguera. No hay argumento en contra de esta realidad.

Los partidos siguen siendo las más perfectas máquinas electorales, podrán aun aumentar el número de sus diputados, porque para ello están organizados y es para ello por lo que funcionan. Más, todavía, es dificilísimo que una fuerza independiente logre superarlos porque en último término se unen para ahogarla. Sin embargo esto no debe obscurecer la verdadera perspectiva. También en Francia acontecía lo mismo y nadie podría asegurar que el régimen de partidos tal como allí existía, funcionaba bien.

A la luz de la experiencia histórica se ve a la Derecha francesa tan cerrada y con tal simpatía por un régimen dictatorial que le dé el poder, ya que no podrá recuperarlo por la voluntad general; a los radicales tan sin hombres y tan sin grandeza ni visión y a los comunistas tan dominados por Rusia, que ninguno puede librarse de culpa.

La clase media que buscó un instrumento político en el radicalismo tiende a separarse de él. Los funcionarios formarán una casta poderosa; pero siempre tendrán que ser pocos; en cambio el país contempla, y miles de jóve-

nes sufren, las consecuencias de la orientación que se imprimiera a todo un régimen.

Y debemos llegar a la enseñanza que es una de las raices más hondas de nuestro mal. Toda reforma posible tendrá que tocar simultáneamente este problema, para que pueda tener algún resultado práctico. Sin el complemento de una orientación educacional adecuada es imposible resolver ninguno de nuestros problemas.

Nuestra educación secundaria, recargada de mil materias, no da gramática, ni historia y mucho menos hábito de estudio, claridad y ni siquiera amor por algunas grandes ideas.

La escuela primaria que pudo dar un minímum de orientación vocacional, en conformidad al medio, para que el obrero así calificado mejorara su standard de vida y aumentara la producción, se ha limitado a alfabetizar, entregando a los alumnos una serie de conocimientos inútiles que luego olvidan.

Ha carecido de toda voluntad de adaptación a las necesidades y a los recursos de los que debía servir y sobre programas esquemáticos ha dicho lo mismo al niño de la pampa, del centro o de Magallanes, que mañana trabajará en tan diversas condiciones.

Se ha estado instruyendo, no educando, a un niño abstracto, hecho de importaciones peda-

gógicas; pero se ha olvidado una escuela que respondiera a su realidad de pobreza económica, de vicios que lo corroen como el alcoholismo, de insuficiencia alimenticia, y que debiera capacitarlo para luchar con una vida que no le permite sutilezas o complejos Freudianos. Ese niño, que no conoce casa y generalmente ni una minima organización familiar, requiere elementos morales e intelectuales que lo defiendan de los vicios que encontrará como tropiezos y lo ayude a buscar los medios para una vida mejor.

Por haber desconocido la realidad en que se mueve nuestra vida en función de la cual estaba obligada a crearse la función educacional, hemos contemplado el desgaste y el fracaso de muchas generaciones.

Basta con saber que cada mañana en la antesala de cada jefe de oficina y en la puerta de cada dirigente político hay esperando innumerables jóvenes chilenos que no tienen otra ilusión, ni están preparados para otra cosa, que para ocupar un puesto público.

Se critica a los diputados que buscan puestos para sus amigos, se habla de la inflación burocrática y se recurre a toda clase de espedientes para terminar con esta eterna demanda de puestos que agota la resistencia de muchos hombres que podrían trabajar útilmen-

te; pero no se ataca al mal en su origen. Porque es lógico que toda esa inmensa masa de jóvenes busque ocupación. Para eso la educaron. Y día a día será mayor el número de solicitantes.

Toda la educación secundaria chilena de la cual sale la llamada clase media, solo produce el bachiller ante el cual se abren solo dos caminos: o el profesionalismo o el empleo, siendo el primero un retraso para optar a un empleo mejor.

No hay campo en las industrias, ni en la explotación agrícola, ni en el comercio para estas generaciones. Están prácticamente encajonadas hacia un destino secundario y estéril.

Miles de posibilidades dormidas se pierden cada año cuando sale una juventud que no sabrá que hacer porque no le despertaron iniciativa, ni le crearon esas virtudes mínimas y fundamentales—sentido del ahorro—amor al trabajo—puntualidad—hábitos de orden—confianza en si misma—sobriedad—que importan más como una disciplina del carácter, que el actual amontonamiento de datos sin sentido. Tampoco hay una organización económica capaz de asegurarle ese porvenir, abriendo crédito al esfuerzo.

Ya en otra obra analizamos la tragedia de esta clase media nuestra, que es sólo media,

porque es de tránsito, y que no tiene significación cultural ni estabilidad económica y basta ahora bien poca conciencia de su dignidad, carcomida, como está, del peor arribismo.

Este encauzamiento no se ha hecho desde el Estado y nuestra enseñanza que le ha fallado al obrero y al campesino en la escuela primaria, ha dejado al país huérfano por un lado de la calidad que dan las humanidades clásicas y de hombres de trabajo que da una orientación práctica, concordada al medio.

El P. Socialista que lanzó un movimiento poderoso en que se fundían proletarios y profesionales falló a su misión y ha seguido hasta ahora y por desgracia la trayectoria de todas las social-democracias. Hay allí buena voluntal en muchos hombres, inteligencia y patriòtismo en otros y un estado psicológico que podría haber sido promisor. Pero todo eso se ha ido perdiendo en una mezcla terrible de oportunismo burocrático, desorientación y falta de cuadros directivos.

Es por ello que es el P. Comunista el que en último término hace la cosecha sindical y el que sosteniendo aparentemente el sistema lo va comiendo por los pies, aprovechando, en un juego hábil y doble, las ventajas de ser amigo de un Gobierno que al mismo tiempo combate.

La experiencia histórica es bien definitiva

al respecto; de caldos como éste surge el virus del fascismo, con su cortejo mortal.

Cuando todo el cuadro social camina desencajado y se va acumulando un sedimento tal de angustias colectivas, de fracasos personales y de clases sin horizonte, todo por la falla de los naturales conductos, se hacen posibles los peores estallidos. Porque los pueblos tienen una determinada capacidad para sentir que sus problemas reales vayan por una línea de agravación y sus estructuras superficiales vayan por otra de mediocridad e incompetencia.

Sucede también, y no es menos doloroso, que no ocurra nada, que todo se deslice por este plano: es la trayectoria de los pueblos que desaparecen o que fracasan o que descienden. Tal como en el destino individual de los hombres, hay naciones fallidas.

V

Nueva ordenación humana.

Podríamos decir que en esta hora de América oponemos a la existencia de una serie de tiranías activas, una democracia ineficaz.

Diversos gobiernos "fuertes" emprenden desde hace años faenas de primera importancia y surgen los caminos, las industrias, se au-

menta el territorio con extensas provincias, como es el caso del Perú, o se recibe inmensa ayuda de los Estados Unidos, como acontece al Brasil. Estas tiranías que no trepidan en ahogar la libertad interna, aprovechan ampliamente de la ayuda de las democracias, para su progreso económico y cubiertas con el doble beneficio, ni siquiera temen la oposición popular, silenciada por el problema exterior.

Hay quienes se embelesan pensando que Chile es una verdadera democracia, que existe la libertad de prensa, que funciona el Congreso, que las elecciones son de una corrección ejemplar. Todo esto es verdad y honra a Chile; pero está muy lejos de ser una razón como para alegrarse indefinidamente.

Francia también tenía estas cosas, lo que no fué obstáculo para que perdiera en una sola batalla, hasta la independencia, y hoy le parezcan sombras estériles las instituciones que antes la enorgullecían.

Es que la democracia no tiene justificación por sí misma y puede significar muchas cosas a la vez.

Todos los hombres libres del mundo defienden la democracia porque defienden con ella y para el futuro ciertas cosas esenciales que pudieran definirse como la dignidad de la persona humana. Están defendiendo la libertad

individual, el respeto a la familia, la libre determinación de los pueblos, el derecho a expresar la propia opinión, disponer racionalmente de su destino y desterrar el dominio del terror y la brutalidad organizada. Pero no están defendiendo en ningún caso la estructura política, social o económica de la pre-guerra. Y tal no es así que todos los grandes leaders de la causa democrática, se esmeran en definir lo que será el mundo del mañana, en donde se tratarán de eliminar, precisamente, los grandes y funestos errores que acarrearon la presente catástrofe. Por eso la Carta del Atlántico, por eso esa infinidad de documentos que emanan de Roosevelt, de Churchill, de los Congresos Gremiales de Inglaterra, de los Obispos Católicos y la Iglesia Anglicana unidos. Todos concuerdan que no se puede volver a lo mismo. Es lo esencial, y el único estimulante que justifica el sacrificio de millones de soldados, de obreros y mujeres en guerra.

A nadie se le ha pasado por la imaginación el decir a los pueblos: lo que estamos defendiendo es el mismo régimen democrático que ustedes conocen, con su misma estructura política y económica, con sus mismos errores y miserias.

Al revés, la expresión unánime es: queremos salvar la democracia en lo que tiene de

substancial y porque es capaz de modificarse merece ser salvada.

La conformación jurídica y económica de estos pueblos en guerra ya ha sufrido transformaciones profundas y se opera una adaptación revolucionaria que todavía no podemos medir.

Ante este mundo en marcha, aquí seguimos viviendo y exajerando todos los errores que son las enfermedades de la democracia: el partidismo y la ceguera pueden más que la experiencia universal.

Nunca como ahora se había requerido de parte de los que dirigen las fuerzas políticas y más aún el Gobierno, una mayor amplitud de visión, una más vasta cultura, un mayor esfuerzo de la imaginación creadora.

Bien nos decía Gabriela Mistral "Vivimos la circunstancia mayor de hace 130 años. Tomar la posesión entera de este concepto, vivirlo con todas las potencias, "realizarlo" como dice el inglés, significaría para nosotros soltar la corteza envenenada de nuestra discordia y mudarnos de tal modo, que pasemos a hablar, a hacer y a vivir, durante estos meses, de una manera absolutamente sensata".

Pero no quieren entender esta circunstancia los que creen que el mundo puede retroceder

para satisfacerlos y los que no saben medir la amplitud de su responsabilidad.

El mundo del mañana no será de Derecha. No lo es hoy y ni un solo pensador, ni el más leve síntoma nos hacen sospechar siquiera que se verificará un retorno que nadie espera y que nada justifica.

Basta hojear los incontables libros. leer los más variados documentos para comprobarlo. Todo confluye a esta profunda y vertical revolución humana que se opera en el universo.

Es Alemania e Italia, que han destruido los clásicos moldes; es Rusia, que está pesando con su enorme poder y su revolución, en considerables sectores de toda la tierra; es el pueblo Chino que despierta en el sufrimiento y en el heroísmo; es el sentido popular, religioso y humano de los dirigentes hindúes; es Roosevelt y los Estados Unidos, donde se opera una nivelación de condiciones y el soldado desplaza al millonario; país clásico del capital, donde se limitan las utilidades y estabilizan los precios, y es la Imperial Inglaterra, en que desaparecen las grandes fortunas agobiadas por los impuestos y se promete al pueblo una nueva vida.

Si este es el terreno de la realidad resulta fácil saber la posición de los pensadores que ejercen la mayor influencia y no es el menor

seguramente, sino el más grande, el testimonio de los Pontífices que han criticado tan duramente el orden actual y pedido con tal instancia "un nuevo orden cristiano".

Hace poco nos trasmitia el cable un discurso del Arzobispo de Canterbury: "Protestó contra la enorme disparidad de la riqueza y la pobreza; amplió las 4 libertades preconizadas por Roosevelt en la definición de los 4 requisitos humanos: aire, luz, agua y tierra, diciendo que en relación a los dos primeros no se había establecido propiedad, pero sí sobre el agua y la tierra, por lo cual afirmó el interés primario de la comunidad con respecto al agua y la tierra se declaró asimismo contra el monopolio del crédito". Tal dijo el jefe anglicano, que es la más alta expresión oficial del individualismo protestante inglés.

Los que no entiendan ésto, están muertos para el porvenir, definitivamente fracasados, aunque tengan todas las apariencias de la vida. Si creen que detendrán esta corriente arrolladora, se equivocan, y se equivocarán también si piensan que la pueden detener con subterfugios o programas mínimos o ardimientos pseudo juveniles basados en una técnica aparente y verbal.

Los únicos que valdrán para presidir o participar en ese mundo, son los que "sientan"

la injusticia y quieran en la voluntad y en el pensamiento ese "orden nuevo", que será más que el salario justo, la función social y las asignaciones familiares. Es su espíritu el que importa, su concepción unitaria de un mundo que penetra en otro plano de la Historia.

Descubrir los rasgos de esta nueva ordenación humana es tarea vital, porque para un pueblo es cuestión de vida o muerte no quedar al margen de las grandes corrientes de la Historia.

La Izquierda chilena sin duda tuvo y en parte aún conserva el predominio en el pueblo, en lo que tiene este de sustancial, en cuanto es la inmensa muchedumbre de los pobres. Pero no ha cumplido su misión.

La división actual en Chile no es de ideas, es de clases. Los mineros que taladran en la obscuridad; el proletariado industrial, y ya una parte muy grande del campesinado es de Izquierda en cuanto esta representa lo que se llama "avanzada" y que para los pobres es la posibilidad del cambio en el cual cifran su porvenir.

Hoy se opera una síntesis y el pueblo en su silencio se redescubre.

Hasta ahora no le había sido posible pesar el valor de los hombres y las doctrinas, que se prueban en el fuego del triunfo. Estaba cie-

gamente adherido a los que le habían prometido su redención y era incapaz de reflexión y raciocinio. Creia y deseaba, probar su suerte en esta carta.

No rememora el pasado que ya conoció y no se ilusiona con el presente cuyos resultados experimenta. Se van decantando las ideas y los que las sostienen. Se sabe hasta donde dan en integridad moral, y son capaces de interpretar la realidad chilena. Por eso estimamos que en la medida en que un pueblo puede alcanzar un grado de madurez y se vacuna contra el engaño, aquí se ha obtenido este efecto. Será posible en el futuro hacer una política y traer un nuevo mensaje que por ser de verdad y no de mentira, ha de prosperar sin el recurso de explotar la pasión o el apetito.

En lo objetivo esa masa constituye esencialmente el mundo del mañana porque todo nos lleva a pensar y a comprobar que al servicio del "hombre" en su sentido más simple, del trabajador, que es la gran base de la pirámide social, se organizarán todas las estructuras económicas y políticas. No es que se pierda el sentido de la jerarquía, ni se despierte el fetichismo del proletariado, que es tan falso como el de la burguesía en el siglo pasado. Es otro el concepto. Se trata de que todas las conquistas del hombre deben estar al servicio del

hombre y no de un grupo de individuos. Esto que es contrario a la razón, es hoy contrario, en su realidad, al modo y a la esencia del mecanismo social.

VI

Una democracia eficaz.

Si queremos subsistir como nación en el momento que se plantean los problemas de América y se desbordan las fronteras físicas para que nazcan destinos continentales, debemos construir en Chile una "democracia eficaz".

Y aunque parezca inverosímil, este es un problema de voluntad.

Cuando Hoover entregó el mando a Roosevelt, éste no podía decir cual era el detalle de su pensamiento: sólo se sabía que creía en la voluntad suya de sacar al pueblo norte-americano de la gran crisis y lo hizo infundiéndole fé y adaptándolo revolucionariamente a las circunstancias que vivía. No pudo anunciar qué ley dictaría, ni qué servicio iba a reorganizar. En una discusión pequeña, Hoover podía probarle que no se podía hacer más de lo que él había hecho. Pero la realidad fué otra. Churchill fué la voluntad moral de Inglaterra de resistir la prueba, y resistió.

Hitler, en siete años realizó, a pesar de lo condenable de sus procedimientos, lo que hombres analíticos y abúlicos no habrían imaginado.

El hombre tiene reservas desconocidas que se pueden movilizar por quien sepa tocarlas; pero que un espíritu pequeño burgués, de equilibrio y escamoteo, de transacción y balanza no despertará jamás.

Si se dicta una ley y se comienza a pensar para aplicarla que ésto no se puede hacer porque se enojan los democráticos que dán la mayoría parlamentaria, y esto otro porque pueden molestarse los radicales o irse los socialis-

podríamos resumirlo en una sola idea: la ciencia tiene una casi inmediata traducción práctica en el esfuerzo económico y gracias a ella algunos pueblos están mejorando su standard de vida de manera fabulosa.

Este hecho interesa antes que a ninguna otra nación de América del Sur a Chile, porque sus recursos naturales y sus necesidades urgentes, lo obligan a aplicar este medio, y ademas, porque puede hacerlo gracias a la calidad de sus obreros y técnicos.

Este camino nos aseguraría en este siglo, el lugar que tuvimos en el otro. El problema es verlo a tiempo, y tener la voluntad de conducir los recursos del país hacia este fin.

La más pobre información nos señala hasta qué punto los laboratorios y la técnica están condicionando la vida económica y, por ende, la política. Ya esto que no es un secreto en Rusia, Alemania, Japón, Italia y Estados Unidos, podemos también verlo nosotros. Todo estriba en no verlo con treinta o cuarenta años de retraso y no seguir intensificando una maquinaria o insistiendo en derroteros que están condenados a morir.

Dos ejemplos claros.

A la luz de este criterio podemos juzgar cualquier hecho. Y tomemos el de la alimen-

tación y el de la habitación popular. Hace algún tiempo uno de los mayores esfuerzos de la produción agrícola y de la química norteamericana se hace alrededor del poroto-soya. De él sacan el alimento más perfecto y más completo. Afirman las revistas americanas que todo lo que se dijo de los soldados alemanes en cuanto llevaban tabletas contra el sueño, estimulantes, etc. era falso y que su alimento por varios días era harina concentrada de ese cereal, que es el más completo alimento y que contiene entre otras, la proteína de la carne, en tal forma que es difícil distinguir al microscopio si procede del poroto-soya o de la carne. De este mismo cereal obtienen aceites pesados para motores, lana, y material para automóviles y aviones.

Ya en Estados Unidos se están plantando enormes extensiones y el Departamento de Agricultura ha publicado cartillas para ilustrar la forma variada de su consumo. En esta materia de orientar la producción agrícola y obtener de elementos simples, múltiple cantidad de artículos de consumo, se ha operado una verdadera revolución.

Se habrá observado que en toda Europa y Norteamérica se dirigen enormes esfuerzos para la reforestación. Esta es la primera finalidad del servicio del trabajo en

esos países. Podría pensarse por el grueso público que esto es para regular el clima o tener madera abundante. Sin embargo los que gobiernan tienen la obligación de saber que fuera de esos objetivos que ya son importantísimos hay otros aún más considerables, pues la ciencia aplicada a la industria saca hoy de la madera gran cantidad de carburantes de los cuales tenemos tal penuria, tejidos y productos básicos para la química. De ella sale también azúcar. Del carbón se obtiene caucho y muchas otras materias valiosas, por lo cual resulta inconcebible gastarlo sólo en la combustión. Y ambos productos los tenemos y son fuentes de incontable riqueza.

Sin embargo hasta ahora no hacemos nada serio, salvo lamentarnos, dictar alguna ley que no se cumple o leer algunos artículos en los diarios.

Basta tener libros elementales como el de Antón Zischa: "La ciencia contra los Monopolios" para saber todo el inmenso campo de actividad que nos abre la orientación industrial y económica de este siglo.

Ahora bien, ¿con qué criterio estamos procediendo nosotros? Con el criterio del niño que choca una y otra vez contra la muralla, en la esperanza de que ésta se quite. No tenemos ganado suficiente y cada año se nos presenta

igual problema con la Argentina para importarlo. A nadie se le ocurre buscar la substitución, sino insistir una vez más en los mismos tópicos. Las revistas norteamericanas nos enseñan como los alemanes habían reemplazado su déficit de carne con alimentos iguales o de mayor valor nutritivo. que ellos ahora están cultivando, y habían mejorado, así, la salud de su población.

Sabemos que tenemos un déficit alimenticio que es problema de producción agrícola, de adaptación de cultivos y de educación del consumo. Se ha comprobado hasta la saciedad que ésta es la primera causa de nuestra gran mortalidad, de la decadencia racial — estatura y resistencia son índices claros—; pero insistimos en las medidas parciales, en salvar el déficit anual, en tapar un hoyo abriendo otro más grande.

Aquí incide nuestro ejemplo: las medidas antiguas y parcelarias jamás nos conducirán a mejorar la alimentación. Sólo un plan completo que mire a la explotación científica, intensa y ordenada de ciertos productos fundamentales, completada con una educación popular dirigida a su consumo, resolverá simultáneamente el problema de la producción y el abastecimiento.

Vendrán años en que a la tierra habrá que

exigirle su verdadera función social: alimentar a todos los hombres que viven en ella; porque se nos plantearán las cuestiones más simples que son al mismo tiempo las más complejas. Sólo una dirección total, podrá mejorar la calidad y la cantidad de los productos, para la comida de todos, aunque se abandone la variedad inorgánica de la producción estimulada por el sólo lucro individual.

Esta será la única razón que justifique el derecho de propiedad: el servicio social que presta.

Entretanto resulta ridículo seguir importando un poco más de ganado o discutiendo por qué se sembró menos trigo.

La sola racionalización de la agricultura por la selección de las semillas, los abonos adecuados, etc., y la explotación de ciertos elementos que se divisan como esenciales nos conducirán a una solución. Los Estados Unidos aprovechando el ejemplo de otros países, pueden decir que del poroto soya sacarán una variedad estupenda de artículos de consumo y de aprovechamiento industrial. Es el paquete más perfecto de alimentos que existe, dicen sus técnicos, y el Departamento de Agricultura al organizar su consumo ha escrito que asegura la salud y la fuerza en la población. Y esta direc-

ción no es de un país totalitario, nace en tierra libre.

Igual cosa, y aún más grave, acontece en habitación.

El problema sigue planteado en un terreno falso y seguirá eternamente sin solución, por la misma causa.

Cada gobierno se justifica diciendo que ha consultado más fondos que el anterior o probando que construyó quinientas casas más o menos. Y el problema es de 300,000.

Recientemente se han consultado tres o más veces los fondos anteriores. Sin embargo el costo ha subido tres veces.

Se continúa haciendo la casa una a una. Como si para cada traje hubiera que hacer cada metro de género, cada botón, cada metro de hilo. Hace ya muchos años que este problema se ha resuelto por medio de la industria, que produce en serie los elementos para hacer la casa y el construirla es solo armar las diferentes piezas. Hasta ahora no queremos entenderlo así.

La más grande cantidad de casas para obreros y aun de casas lujosas en los Estados Unidos, se construyen con un material llamado Wall-Board, que son piezas formadas por una mezcla de yeso, papel y aserrín que se clavan en un armazón de madera. Millones de fa-

milias viven en los Estados Unidos en estas espléndidas casas y en un clima mucho más duro que el nuestro. Las prefieren a las de otro tipo y es claro que resultan baratísimas y se levantan en cuatro o cinco semanas máximum. Incontables fábricas, de sencilla maquinaria y de bajo costo, construyen este material.

Esto sería ideal para Chile donde existen estos materiales baratos y abundantes. Preferimos sin embargo levantar en cada caso pilares de concreto y consumir toneladas de fierro importado. Nosotros que somos pobres, construímos, con el ochenta por ciento de material importado, edificios de lujo y de alto costo. Ellos que son inmensamente ricos, construyen con materiales baratos, que aquí abundan. Y el pueblo se seguirá pudriendo en el conventillo.

Hemos desterrado hasta la casa de madera y levantamos rascacielos que parecen tumbas faraónicas en los desiertos del Norte y una industria en el Sur que quizo construir por intermedio de la Caja casas de madera no pudo hacerlo porque lo prohibía el Reglamento.

Por eso repetimos: Chile es un problema de voluntad; porque sólo nos salvaremos, si haciendo un esfuerzo, saltamos por encima de esta enorme red de reglamentos, combinacio-

nes, papeleo y precedentes y comenzamos a mirar de nuevo, con otra mirada estos grandes problemas.

VIII

Producción y sentido social.

La idea de la libertad fué la conquista política del siglo XIX. La justicia es la gran finalidad de nuestro siglo. La justicia ha de presidir las relaciones sociales y ha de asegurarle a los hombres ese mínimum material, sin el cual, la libertad es una ilusión engañosa. Es la

idea-fuerza de nuestro tiempo, porque responde a la mayor angustia presente.

Sin ella no se mueven las reservas humanas de una nación, y es imposible toda empresa sin que sea esta virtud la que aliente al trabajo o al sacrificio. Con mayor o menor proximidad, todos buscan la fórmula que sea capaz de traducirla en acto social.

Son muchos los que hoy nos hablan de aumento de producción en Chile. Su argumento es simple: si suben los sueldos y salarios, sin que aumente la producción, o sea, las cosas que han de satisfacer las necesidades, acrecerá la demanda en desproporción a la oferta y vendrá el alza en el costo de la vida. Y tienen razón. Pero este circuito en que estamos lanzados no puede cortarse con la simple e injusta medida de estabilizar los sueldos y salarios, sin estabilizar los precios y las utilidades.

Hay que producir más, siempre que esta producción se haga con sentido social, es decir que todo el trabajo del país esté encaminado a servir a todos los que trabajan. No podrá imponerse una fuerte disciplina si se carece de autoridad y la autoridad se gana, si su objeto es servir a la comunidad.

Sólo este tipo de producción será eficaz y salvará el aspecto económico y el social. Si el Estado orienta y dirige un extraordinario es-

fuerzo de producción agrícola y crea, por una educación paralela, el consumo que adquiera los productos, se podrá exigir el máximum al obrero y al capital, quien gozará de una utilidad moderada y no especulativa. La disciplina social estará respaldada por la masa, que justificará la energía, que así la salva.

Una gran industria de la habitación es producir riqueza, es crear un mercado de trabajo, nuevas fuentes de riqueza; industria de la madera, del vidrio, del hierro, de sanitarios, etc., que tienen asegurada su venta. Lo mismo podríamos decir de los textiles, de un plan de electrificación, caminos y tantos otros.

Así como lo único que defiende y justifica la propiedad privada, es su misión esencial de servir a todos los hombres, la única forma de intensificar la producción es darle ese sentido social, que por maravillosa armonía que resulta de la justicia, cuando ésta se cumple, el bien social, no es contrario sino confluente al bien económico.

Los que para justificar bajos salarios y altas utilidades, hablan del fomento de la producción, al cometer una injusticia cometen un error, porque sobre un pueblo en la miseria y en el odio es imposible fundar una política de trabajo y construcción.

Hablar de fomento a la producción como

sinónimo de dejarle libre campo al capital para que desarrolle su iniciativa, limitando las demandas del trabajo, o sea, excitando la iniciativa por el solo lucro que es un aliciente y que debe respetarse, estaba bien en una economía mundial como la que se conoció hace cincuenta años. Hoy es diferente, y el sólo estímulo puede nacer de que la nación comprenda que este sacrificio que hacen todos redundará en su propio provecho, y el bien común, prácticamente percibido, será la norma que inspire al Estado para exigir un orden social que permita alcanzar esta producción intensa.

Los dueños del capital reclaman por esto de la intervención estatista; pero no reclaman cuando todo el crédito se destina a favorecerlos, cuando se interviene en los tratados de comercio y se les ayuda en mil formas diversas.

La libertad que sienten amenazada es un engaño. Libertad económica existió en la primera etapa de la era capitalista; pero desapareció con los monopolios, cartells y trusts. No hay libertad en los grandes monopolios mundiales, como los del petróleo; no hay libertad interna tampoco desde que los productores constituyen asociaciones que fijan cuotas de producción y precios.

Nadie discute ya, lo que estableciera el Papa Pío XI, cuando titulara un capítulo de Qua-

dragésimo Anno con la siguiente frase: "A la libre concurrencia sucedió la dictadura económica".

Esta libertad que se siente amenazada cuando se pretende organizar la producción, es sólo la facultad para que dominen el mercado económico, grupos individuales sobre los cuales no hay vigilancia.

Más lógico y más justo es que se imprima ese rumbo por quien tiene la responsabilidad del orden social en conjunto. Sólo una conducción general cuya meta es el bien común, podrá realmente hacer de la nación una unidad de trabajo y producción. Y en ella encajarán las iniciativas individuales y el legítimo interés económico, que son muy importantes, pero siempre que se sometan a estos fines superiores.

IX

Sud-América, un continente amenazado.

Por la inflexible condición de los tiempos, en esta misma hora, nacen conglomerados políticos y económicos de carácter continental. El individualismo entre las naciones cede paso a un organico reajuste entre los pueblos que pudieron vivir en el pasado dentro del limi-

tado espacio de su frontera, pero que en el presente se distribuyen y equilibran de acuerdo con su población, recursos en materias primas, ubicación geográfica y tendencia ideológica.

Soñar en que después de la guerra se podrá continuar viviendo de los tópicos internacionales, que se nutren de un vocabulario jurídico, o prescindir de los grandes bloques que agruparán a la familia humana de acuerdo con principios más racionales y ajustados a la realidad, es engañarse conscientemente.

Sudamérica que hasta ahora ha vivido en la tranquilidad de su aislamiento, tendrá que enfrentar ese mundo nuevo en el que ocupará una situación particularmente privilegiada y, por lo mismo, expuesta a los apetitos o a una distribución de su importancia en la que no podrá pesar si vive desarticulada en pequeños estados.

Una razón imperiosa basada en su propia conveniencia, impele a estas naciones a iniciar una política común, que será defensa de su vida en lo político y en lo económico. En la debilidad de la fracción están condenadas de antemano.

Por desgracia esta idea está desprestigiada por la incapacidad manifestada, por estos pueblos de herencia latina, para gobernarse y entenderse siquiera en un plano de míni-

podríamos resumirlo en una sola idea: la ciencia tiene una casi inmediata traducción práctica en el esfuerzo económico y gracias a ella algunos pueblos están mejorando su standard de vida de manera fabulosa.

Este hecho interesa antes que a ninguna otra nación de América del Sur a Chile, porque sus recursos naturales y sus necesidades urgentes, lo obligan a aplicar este medio, y ademas, porque puede hacerlo gracias a la calidad de sus obreros y técnicos.

Este camino nos aseguraría en este siglo, el lugar que tuvimos en el otro. El problema es verlo a tiempo, y tener la voluntad de conducir los recursos del país hacia este fin.

La más pobre información nos señala hasta qué punto los laboratorios y la técnica están condicionando la vida económica y, por ende, la política. Ya esto que no es un secreto en Rusia, Alemania, Japón, Italia y Estados Unidos, podemos también verlo nosotros. Todo estriba en no verlo con treinta o cuarenta años de retraso y no seguir intensificando una maquinaria o insistiendo en derroteros que están condenados a morir.

Dos ejemplos claros.

A la luz de este criterio podemos juzgar cualquier hecho. Y tomemos el de la alimen-

tación y el de la habitación popular. Hace algún tiempo uno de los mayores esfuerzos de la produción agrícola y de la química norteamericana se hace alrededor del poroto-soya. De él sacan el alimento más perfecto y más completo. Afirman las revistas americanas que todo lo que se dijo de los soldados alemanes en cuanto llevaban tabletas contra el sueño, estimulantes, etc. era falso y que su alimento por varios días era harina concentrada de ese cereal, que es el más completo alimento y que contiene entre otras, la proteína de la carne, en tal forma que es difícil distinguir al microscopio si procede del poroto-soya o de la carne. De este mismo cereal obtienen aceites pesados para motores, lana, y material para automóviles y aviones.

Ya en Estados Unidos se están plantando enormes extensiones y el Departamento de Agricultura ha publicado cartillas para ilustrar la forma variada de su consumo. En esta materia de orientar la producción agrícola y obtener de elementos simples, múltiple cantidad de artículos de consumo, se ha operado una verdadera revolución.

Se habrá observado que en toda Europa y Norteamérica se dirigen enormes esfuerzos para la reforestación. Esta es la primera finalidad del servicio del trabajo en

esos países. Podría pensarse por el grueso público que esto es para regular el clima o tener madera abundante. Sin embargo los que gobiernan tienen la obligación de saber que fuera de esos objetivos que ya son importantísimos hay otros aún más considerables, pues la ciencia aplicada a la industria saca hoy de la madera gran cantidad de carburantes de los cuales tenemos tal penuria, tejidos y productos básicos para la química. De ella sale también azúcar. Del carbón se obtiene caucho y muchas otras materias valiosas, por lo cual resulta inconcebible gastarlo sólo en la combustión. Y ambos productos los tenemos y son fuentes de incontable riqueza.

Sin embargo hasta ahora no hacemos nada serio, salvo lamentarnos, dictar alguna ley que no se cumple o leer algunos artículos en los diarios.

Basta tener libros elementales como el de Antón Zischa: "La ciencia contra los Monopolios" para saber todo el inmenso campo de actividad que nos abre la orientación industrial y económica de este siglo.

Ahora bien, ¿con qué criterio estamos procediendo nosotros? Con el criterio del niño que choca una y otra vez contra la muralla, en la esperanza de que ésta se quite. No tenemos ganado suficiente y cada año se nos presenta

igual problema con la Argentina para importarlo. A nadie se le ocurre buscar la substitución, sino insistir una vez más en los mismos tópicos. Las revistas norteamericanas nos enseñan como los alemanes habían reemplazado su déficit de carne con alimentos iguales o de mayor valor nutritivo. que ellos ahora están cultivando, y habían mejorado, así, la salud de su población.

Sabemos que tenemos un déficit alimenticio que es problema de producción agrícola, de adaptación de cultivos y de educación del consumo. Se ha comprobado hasta la saciedad que ésta es la primera causa de nuestra gran mortalidad, de la decadencia racial — estatura y resistencia son índices claros—; pero insistimos en las medidas parciales, en salvar el déficit anual, en tapar un hoyo abriendo otro más grande.

Aquí incide nuestro ejemplo: las medidas antiguas y parcelarias jamás nos conducirán a mejorar la alimentación. Sólo un plan completo que mire a la explotación científica, intensa y ordenada de ciertos productos fundamentales, completada con una educación popular dirigida a su consumo, resolverá simultáneamente el problema de la producción y el abastecimiento.

Vendrán años en que a la tierra habrá que

exigirle su verdadera función social: alimentar a todos los hombres que viven en ella; porque se nos plantearán las cuestiones más simples que son al mismo tiempo las más complejas. Sólo una dirección total, podrá mejorar la calidad y la cantidad de los productos, para la comida de todos, aunque se abandone la variedad inorgánica de la producción estimulada por el sólo lucro individual.

Esta será la única razón que justifique el derecho de propiedad: el servicio social que presta.

Entretanto resulta ridículo seguir importando un poco más de ganado o discutiendo por qué se sembró menos trigo.

La sola racionalización de la agricultura por la selección de las semillas, los abonos adecuados, etc., y la explotación de ciertos elementos que se divisan como esenciales nos conducirán a una solución. Los Estados Unidos aprovechando el ejemplo de otros países, pueden decir que del poroto soya sacarán una variedad estupenda de artículos de consumo y de aprovechamiento industrial. Es el paquete más perfecto de alimentos que existe, dicen sus técnicos, y el Departamento de Agricultura al organizar su consumo ha escrito que asegura la salud y la fuerza en la población. Y esta direc-

ción no es de un país totalitario, nace en tierra libre.

Igual cosa, y aún más grave, acontece en habitación.

El problema sigue planteado en un terreno falso y seguirá eternamente sin solución, por la misma causa.

Cada gobierno se justifica diciendo que ha consultado más fondos que el anterior o probando que construyó quinientas casas más o menos. Y el problema es de 300,000.

Recientemente se han consultado tres o más veces los fondos anteriores. Sin embargo el costo ha subido tres veces.

Se continúa haciendo la casa una a una. Como si para cada traje hubiera que hacer cada metro de género, cada botón, cada metro de hilo. Hace ya muchos años que este problema se ha resuelto por medio de la industria, que produce en serie los elementos para hacer la casa y el construirla es solo armar las diferentes piezas. Hasta ahora no queremos entenderlo así.

La más grande cantidad de casas para obreros y aun de casas lujosas en los Estados Unidos, se construyen con un material llamado Wall-Board, que son piezas formadas por una mezcla de yeso, papel y aserrín que se clavan en un armazón de madera. Millones de fa-

milias viven en los Estados Unidos en estas espléndidas casas y en un clima mucho más duro que el nuestro. Las prefieren a las de otro tipo y es claro que resultan baratísimas y se levantan en cuatro o cinco semanas máximum. Incontables fábricas, de sencilla maquinaria y de bajo costo, construyen este material.

Esto sería ideal para Chile donde existen estos materiales baratos y abundantes. Preferimos sin embargo levantar en cada caso pilares de concreto y consumir toneladas de fierro importado. Nosotros que somos pobres, construímos, con el ochenta por ciento de material importado, edificios de lujo y de alto costo. Ellos que son inmensamente ricos, construyen con materiales baratos, que aquí abundan. Y el pueblo se seguirá pudriendo en el conventillo.

Hemos desterrado hasta la casa de madera y levantamos rascacielos que parecen tumbas faraónicas en los desiertos del Norte y una industria en el Sur que quizo construir por intermedio de la Caja casas de madera no pudo hacerlo porque lo prohibía el Reglamento.

Por eso repetimos: Chile es un problema de voluntad; porque sólo nos salvaremos, si haciendo un esfuerzo, saltamos por encima de esta enorme red de reglamentos, combinacio-

nes, papeleo y precedentes y comenzamos a mirar de nuevo, con otra mirada estos grandes problemas.

VIII

Producción y sentido social.

La idea de la libertad fué la conquista política del siglo XIX. La justicia es la gran finalidad de nuestro siglo. La justicia ha de presidir las relaciones sociales y ha de asegurarle a los hombres ese mínimum material, sin el cual, la libertad es una ilusión engañosa. Es la

idea-fuerza de nuestro tiempo, porque responde a la mayor angustia presente.

Sin ella no se mueven las reservas humanas de una nación, y es imposible toda empresa sin que sea esta virtud la que aliente al trabajo o al sacrificio. Con mayor o menor proximidad, todos buscan la fórmula que sea capaz de traducirla en acto social.

Son muchos los que hoy nos hablan de aumento de producción en Chile. Su argumento es simple: si suben los sueldos y salarios, sin que aumente la producción, o sea, las cosas que han de satisfacer las necesidades, acrecerá la demanda en desproporción a la oferta y vendrá el alza en el costo de la vida. Y tienen razón. Pero este circuito en que estamos lanzados no puede cortarse con la simple e injusta medida de estabilizar los sueldos y salarios, sin estabilizar los precios y las utilidades.

Hay que producir más, siempre que esta producción se haga con sentido social, es decir que todo el trabajo del país esté encaminado a servir a todos los que trabajan. No podrá imponerse una fuerte disciplina si se carece de autoridad y la autoridad se gana, si su objeto es servir a la comunidad.

Sólo este tipo de producción será eficaz y salvará el aspecto económico y el social. Si el Estado orienta y dirige un extraordinario es-

fuerzo de producción agrícola y crea, por una educación paralela, el consumo que adquiera los productos, se podrá exigir el máximum al obrero y al capital, quien gozará de una utilidad moderada y no especulativa. La disciplina social estará respaldada por la masa, que justificará la energía, que así la salva.

Una gran industria de la habitación es producir riqueza, es crear un mercado de trabajo, nuevas fuentes de riqueza; industria de la madera, del vidrio, del hierro, de sanitarios, etc., que tienen asegurada su venta. Lo mismo podríamos decir de los textiles, de un plan de electrificación, caminos y tantos otros.

Así como lo único que defiende y justifica la propiedad privada, es su misión esencial de servir a todos los hombres, la única forma de intensificar la producción es darle ese sentido social, que por maravillosa armonía que resulta de la justicia, cuando ésta se cumple, el bien social, no es contrario sino confluente al bien económico.

Los que para justificar bajos salarios y altas utilidades, hablan del fomento de la producción, al cometer una injusticia cometen un error, porque sobre un pueblo en la miseria y en el odio es imposible fundar una política de trabajo y construcción.

Hablar de fomento a la producción como

sinónimo de dejarle libre campo al capital para que desarrolle su iniciativa, limitando las demandas del trabajo, o sea, excitando la iniciativa por el solo lucro que es un aliciente y que debe respetarse, estaba bien en una economía mundial como la que se conoció hace cincuenta años. Hoy es diferente, y el sólo estímulo puede nacer de que la nación comprenda que este sacrificio que hacen todos redundará en su propio provecho, y el bien común, prácticamente percibido, será la norma que inspire al Estado para exigir un orden social que permita alcanzar esta producción intensa.

Los dueños del capital reclaman por esto de la intervención estatista; pero no reclaman cuando todo el crédito se destina a favorecerlos, cuando se interviene en los tratados de comercio y se les ayuda en mil formas diversas.

La libertad que sienten amenazada es un engaño. Libertad económica existió en la primera etapa de la era capitalista; pero desapareció con los monopolios, cartells y trusts. No hay libertad en los grandes monopolios mundiales, como los del petróleo; no hay libertad interna tampoco desde que los productores constituyen asociaciones que fijan cuotas de producción y precios.

Nadie discute ya, lo que estableciera el Papa Pío XI, cuando titulara un capítulo de Qua-

dragésimo Anno con la siguiente frase: "A la libre concurrencia sucedió la dictadura económica".

Esta libertad que se siente amenazada cuando se pretende organizar la producción, es sólo la facultad para que dominen el mercado económico, grupos individuales sobre los cuales no hay vigilancia.

Más lógico y más justo es que se imprima ese rumbo por quien tiene la responsabilidad del orden social en conjunto. Sólo una conducción general cuya meta es el bien común, podrá realmente hacer de la nación una unidad de trabajo y producción. Y en ella encajarán las iniciativas individuales y el legítimo interés económico, que son muy importantes, pero siempre que se sometan a estos fines superiores.

IX

Sud-América, un continente amenazado.

Por la inflexible condición de los tiempos, en esta misma hora, nacen conglomerados políticos y económicos de carácter continental. El individualismo entre las naciones cede paso a un organico reajuste entre los pueblos que pudieron vivir en el pasado dentro del limi-

tado espacio de su frontera, pero que en el presente se distribuyen y equilibran de acuerdo con su población, recursos en materias primas, ubicación geográfica y tendencia ideológica.

Soñar en que después de la guerra se podrá continuar viviendo de los tópicos internacionales, que se nutren de un vocabulario jurídico, o prescindir de los grandes bloques que agruparán a la familia humana de acuerdo con principios más racionales y ajustados a la realidad, es engañarse conscientemente.

Sudamérica que hasta ahora ha vivido en la tranquilidad de su aislamiento, tendrá que enfrentar ese mundo nuevo en el que ocupará una situación particularmente privilegiada y, por lo mismo, expuesta a los apetitos o a una distribución de su importancia en la que no podrá pesar si vive desarticulada en pequeños estados.

Una razón imperiosa basada en su propia conveniencia, impele a estas naciones a iniciar una política común, que será defensa de su vida en lo político y en lo económico. En la debilidad de la fracción están condenadas de antemano.

Por desgracia esta idea está desprestigiada por la incapacidad manifestada, por estos pueblos de herencia latina, para gobernarse y entenderse siquiera en un plano de míni-

ma cooperación efectiva. Han gastado en discursos todo lo que pudo construirse en realidad.

Los problemas fundamentales se resuelven hoy tanto fuera como adentro, y muchas veces es más decisiva la repercusión de acontecimientos exteriores que aquellos que se producen en la madeja de una política local.

Ampliar la mirada con esta perspectiva nos limpiará del encono y la pequeñez para tratar las cuestiones internas. En la mesa donde se discute nuestra cuota en la reestructuración de los valores y las probabilidades, se nos juzgará como una unidad y toda división nos disminuye.

Chile está llamado a tomar la iniciativa en esta política de entendimiento cuyas proyecciones no pueden señalarse con un límite determinado, ya que siempre los procesos de esta índole han caminado por etapas.

Si América del Sur quiere conservar su libertad y autodeterminación y quiere tener una situación justa en la redistribución de la economía mundial, tendrá que presentar un frente común. Esta es la única fórmula para que la respeten en el porvenir. Así como la economía individualista del Laissez faire, ha sido abandonada en lo interno, lo es ya en el plano internacional.

Por otra parte, este Continente tiene una misión ideológica. A pesar de todos los errores, América es una tierra de democracia y de esperanza. Las dictaduras aquí conocidas difieren de las europeas y no alcanzan a destruir este sentimiento elemental de todos, los pueblos, herencia de una cultura centenaria y de un espíritu que arraiga en el hecho mismo de la existencia de estas nacionalidades. Es en esta tierra donde puede nacer una democracia rectificada y vigorosa y somos nosotros, que en esta materia hemos evolucionado más que ninguna otra nación, los que podremos dar un mayor aporte.

Diversas naciones americanas con un gran sentido de la ambición buscan colocarse en posiciones que les permitan una mayor influencia. Para ello no escatiman recursos. Entre tanto nosotros hemos perdido el lugar que teníamos y, lo que es peor, hemos ignorado, en el hecho, estas premisas de la política futura, cuyo esquema fundamental vemos delinearse.

Encerrados en nosotros mismos estamos condenados a una verdadera asfixia. Retardar un planteamiento, realista y audaz, es inútil. El intercambio y la unidad, nos imponen este destino común, si la historia no nos hubiera mostrado ya en horas cruciales este mismo e imperioso derrotero.

La nueva independencia.

Sería negar una evidencia desconocer que en el reparto futuro del mundo, Sud-América será una presa codiciada. Cualquiera que sea el resultado de la guerra habrá un grave peligro para la independencia económica y política de estos pueblos. Tal vez cuando termine el conflicto ya muchos de los estados del Sur serán vasallos.

Así como la posición de las naciones Sud-Americanas debe ser de franco apoyo a la causa de las democracias, esta posición no puede obscurecer la visión de su propio futuro.

Los Estados Unidos al desarrollar el mayor esfuerzo de guerra no olvidan los problemas de la post-guerra y la organización del mundo que viene. Los pueblos sud-americanos deben plantearse también, este doble punto de vista: ayudar ahora decididamente a las democracias y no olvidar su destino definitivo.

Hay quienes basados en la carta del Atlántico confunden la ayuda que se puede prestar con una total entrega.

Al hacerlo así, cometen un error irreparable, pues la Carta del Atlántico y todas las otras declaraciones, son instrumentos morales y jurídicos de inmenso valor para esgrimirlos como defensa; pero con la condición de que

sean usados pues no se puede esperar que grandes naciones, con intereses tremendamente poderosos, que ejercitan una especie de gravitación física, no vayan a tentar una absorción peligrosa. Construir una política a base de la sola buena voluntad, es un infantílismo risible. Desgraciadamente las pasiones, la fuerza y el egoísmo seguirán contando.

Las democracias permiten esta defensa y la posibilidad de determinarse libremente a condición de merecerlo. El totalitarismo ni siquiera permite esa posibilidad y en ello reside la diferencia. Pensar que después de esta guerra los hombres se convertirán en ángeles y comenzará una era de fraternidad evangelica es caer en viejos y repetidos errores. La naturaleza no cambia tan facilmente. Que se dé un paso hacia adelante, resulta probable; pero que todo esto se opere sin que los pueblos defiendan su porvenir, por el solo amor de las grandes potencias, parece una utopía.

Cuando se repartan las influencias y se formen los bloques que ya se diseñan surgirán las hegemonias o se confirmarán las que existan. Este continente del Sur es la única gran presa solitaria, que despierta muchos apetitos o que servirá de compensación por otras pérdidas.

Hay un patrioterismo fácil basado en las pa-

labras, que carece de toda consistencia y que será aventado. Está hecho de notas, de gestos y rebeldías aparentes. Sin embargo si se piensa que toda América, desde Alaska al Cabo de Hornos, no contiene el diez por ciento de la población mundial, se podrá medir qué sentido tendrá mañana la opinión de una nación de cinco o diez millones. Esa opinión quedará ahogada hasta por falta de medios de comunicación si, los que las controlan, no las trasmiten.

El porvenir está bien diseñado: o estas naciones defienden en común su existencia y forman una federación de pueblos que naturalmente están destinados a unirse o corren el riesgo cierto de quedar, en el mejor de los casos, en una posición subalterna.

Junto con ayudar a las democracias y en especial a los Estados Unidos porque ese es su único camino y el mejor, y combatir al totalitarismo, deben pensar que mañana al resolverse la contienda, han de ser una sola fuerza para pedir justicia en lo internacional. Nadie se acordará de ellas si divididas o servilmente entregadas, no saben entender su conveniencia. La caridad hacia los pequeños cortesanos no es el mejor porvenir que pueda desearse. Y si no construyen uno diferente, ese es el papel que les espera.

Algunos escritores americanos y entre ellos

el propio Waldo Frank se preguntan en grandes publicaciones norte-americanas si ellos han hecho algo por estos pueblos que contribuyen con su trabajo y su riqueza a darle ese magnífico standard de vida a los obreros del Norte. Ya sabemos la respuesta, pero ¿acaso esa situación variará por si sola o hay algún indicio que permita suponer un cambio?

Nadie puede figurarse que reunidos un día los obreros, capitalistas y gobernantes de los Estados Unidos dirán: Renunciamos a nuestras ventajas y queremos nivelar nuestro estandard de vida con los hermanos del Sur. La verdad es, por desgracia, que actuamos como si eso fuera posible.

Y esto no es criticarlos a ellos, sino a nosotros, porque estas situaciones no se dan sino que se conquistan.

Algunos deducen que este es un argumento contra la democracia. Bastaría decirles que peor sería si triunfaran los totalitarios y que infinitamente peor es la situación de las naciones sometidas a su influencia.

Olvidan los que así piensan que las ideas tienen una lógica interna que no puede detenerse. Si las potencias democraticas que han comprometido su fe y su palabra en el respeto por la libertad de los pueblos se encuentran mañana con todas las naciones unidas del Sur

que les dicen: Ayudamos decididamente en esta lucha y queremos se nos den iguales posibilidades en el futuro, no podrán negarles este derecho. Pero esto requiere dos condiciones, y es la primera que se ayude hoy, y esa se está cumpliendo; y es la segunda, que no se presenten divididas, porque no tendrán ni voz ni voto, sino que serán el coro para adornar la presencia de los grandes.

Estos pueblos saben muy bien que es con su trabajo que pagan las comodidades y las ventajas de otras naciones. Hay compañías de cobre que en un año han tenido una utilidad superior a todo el presupuesto de Chile. Con ese presupuesto aquí mantenemos instrucción, ejércitos, policía, salubridad, servicio diplomático y tantas otras. Una sola compañía tiene un beneficio superior. Este es el tipo de nuestro esfuerzo. Es por esta causa, entre otras, que andan nuestros niños descalzos, nuestros obreros miserables y que miles de familias llevan una vida infra-humana. Igual cosa sucede a todos los otros pueblos.

Este problema es común a toda América del Sur y si es común hay que resolverlo en conjunto, invocando el derecho a igual acceso a sus propias fuentes de riquezas. Eso hay que pedirlo y sería la justificación de toda una política americana y mientras no se afronte tal

política seguiremos trabajando para costear con nuestra miseria la ajena riqueza.

Si ha de salir un mundo mejor y más justo de esta guerra, como lo esperamos, hay allí una causa tan grande que tendría que ser escuchada, pero con la sola condición que pueda expresarse y las voces demasiado débiles no se oirán ante el rumor del mundo entero que se reestructura.

Es preciso que lo entiendan así no solo los gobernantes en las Conferencias, sino los partidos políticos, los comerciantes y los industriales, los sindicatos y los niños y las mujeres, en una palabra el pueblo de América.

Y decimos el pueblo de América porque esta tarea encuentra eco en importantes sectores de intelectuales y hombres de Estados Unidos que colaborarían en este trabajo, y lo decimos también porque no resultaría jamás del acuerdo de gobiernos o de grupos o de dictadores, sino por el impulso que viene de adentro, del pueblo en su sentido más puro.

Están perturbando este camino que es el único verdadero y el único posible, los innobles entreguistas y los que han caido en las redes del filofascismo que aparece con una careta aparentemente patriotica.

Para los primeros, Chile y América del Sur han dejado de contar. Obedientes a consig-

nas externas, ayer estuvieron contra la causa de las democracias y hoy la apoyan, no por amistad, ni por principios, sino por una "táctica" que mañana puede cambiar. Han caido en tales negaciones que llaman perturbar el esfuerzo de guerra el que en Chile se pidan ventajas económicas en los productos de exportación como el cobre, cuando en los propios Estados Unidos se reconoce ese derecho.

Los otros, hablan de neutralidad. El fascismo que no puede presentar su cara al desnudo, aprovecha este sentimiento y lo explota.

Para estos es fácil ver la viga en el ojo de la democracia y la paja en el ojo del nacismo. Exageran siempre los defectos de las naciones unidas, Norte-América es el único peligro para Chile y América del Sur y manifiestan una incomprensión absoluta para entender que además de la lucha económica hay una lucha ideológica en este conflicto. Tienen exigencias para pesar las palabras de unos; pero no se asustan y justifican el que el nacismo haya destruido a incontables naciones.

Estos perturban y engañan, porque su falso patriotismo envuelve la peor amenaza para el futuro de Chile, al pretenderlo aislado, que es lo antagónico a verlo independiente. Los otros quieren vender su suerte, sacrificando a los chilenos, Pero lo justo reside en

querer y trabajar por una estrecha solidaridad continental, a la cual está vinculado nuestro destino. Sud-América representa una unidad cultural, que debe ser defendida. La solidaridad continental no implica renunciar a esta misión sino robustecerla.

Ante este dilema de supervivir o desaparecer sin libertad, aunque se conserve su apariencia ¿surgirá en la imaginación de los gobernantes y en el corazón profundo de la multitud, el movimiento que nos salve? Tal vez sea esta la única pregunta que debieran plantearse los hombres que viven entre Méjico y Magallanes.

Sin conquistar nuestras propias riquezas seguiremos en la inferioridad y mañana, cuando venga la paz, si podemos afirmar que contribuimos a la victoria y que pedimos el cumplimiento de lo que se prometiera, nadie podrá apagar una voz que represente a ochenta millones de hombres libres, que trabajaron por la libertad y la democracia y que la invocan en nombre de su comunidad de sacrificio, para lograr una nueva vida.

La independencia se conquistó hace cien años en un esfuerzo común, sin reconocer fronteras y sabiendonos solidarios en el destino continental. La hora que vivimos no es menor en su significado, ni en sus proyecciones.

X

Una crisis moral.

Chile, en el fondo, sufre una grave crisis moral. Los pueblos jamás se han corrompido desde abajo, y, por el contrario, su corrupción viene desde arriba.

Los que tienen el destino de la nación deben aportar, antes y primero que ninguna otra

fuerza, el valor moral, o serán incapaces de realizar su tarea.

Pasaron los tiempos en que el Poder era una ventaja, para convertirse en una jerarquía de servicio y calidad.

El gobernante debe estar movido por una inspiración superior que lo empuje al sacrificio y a la austeridad y ha de consumir su energía en un apostolado tan apasionante que sea su única justificación vital, que no dé cabida a la frivolidad, que disminuye la tensión espiritual y la claridad de la mente, solicitada por tantos y tan difíciles problemas.

Sir Stafford Cripps decía, no ha mucho, que Inglaterra necesitaba hoy "cristianos valerosos", porque el dilema es categórico, o se acude a la mística desviada que indudablemente anida en el fascismo o comunismo, que han sabido dar a sus hombres audacia y heroicidad y los ha sostenido en esta terrible lucha por conquistar el Poder, acudiendo a todos los medios, aun los más sombríos; o se acude a buscar la fuerza en la inspiración cristiana que ha sido el resorte moral del Occidente, que ha creado la libertad y el derecho y las más bellas virtudes humanas.

La quiebra moral origina la explotación de los que buscando su provecho, olvidan la

justicia; y lo que es peor, engendra a los demagogos.

Hemos contemplado el triste espectáculo de hombres que, salidos del pueblo, se levantaron, prometiendo su redención, y que llegados a un plano superior, carecieron de toda entereza. No tenían contextura moral. No diremos, siquiera, que fueran poco honrados; pero estaban carcomidos por el peor arribismo social, se perturbaban al llegar a ciertos sitios o tener determinadas relaciones, y de reunión en reunión, de placer en placer, víctimas de la sugestión de una vida esplendorosa, perdieron todo ímpetu y sólo se apegaron a la vanidad de las situaciones alcanzadas.

Por eso en ciertas combinaciones hay un fondo turbio e indefinido, que hastía y trasciende.

Si fuera un caso, no importaría; pero es un fenómeno social, repetido en diversas y múltiples escalas.

Parece, que por desgracia, a las sociedades, sucediera igual que a los individuos: no aprovechan de la ajena experiencia.

Hemos visto a una gran nación como la Francia, según la unanimidad de los testimonios, moralmente destruida, ser la fácil presa del conquistador. ¿No podríamos decir que en

la proporción debida, es muy semejante nuestro caso?

Esta crisis va más allá de los vicios. Es cierto que en el pueblo hay alcoholismo; pero eso puede corregirse por medidas que adopten los que gobiernan. Pero lo irremediable, es que los que tienen las responsabilidades, las clases y grupos dirigentes, no sepan afrontarlas y que cometan los grandes pecados sociales cuya trascendencia no se puede medir. Estos agravian al espíritu en su esencia, degradan el alma de la nación.

Y habría un capítulo para la prensa que como ninguna puede conducir a una catástrofe. Si los diarios de un país hacen cátedra a la mediocridad que encuentra campo para la injuria, o confunden su misión con una gravedad acartonada, rebajarán el nivel general de la vida.

Pierre Lazaeef en Derniere Edition nos cuenta como la prensa de Francia de uno y otro color, estaba ligada a intereses, ocultaba la verdad, excitaba los furores de los bandos en lucha, y mantenía a la opinión pública en el más atroz engaño; y en la imposibilidad de formarse, algún juicio, sobre los acontecimientos.

¡Qué cerca estamos de eso! Todo se confunde en interminables polémicas e inserciones;

lo más claro es confuso y el soborno, es una medida explicable. Para unos si el enemigo en el gobierno comete un fraude, es atroz delito. Si es un amigo, hay que disminuir el suceso o embrollarlo. Y a la inversa sucede algo parecido. El hombre de la calle incapáz de seguir las investigaciones y remitidos, queda como atontado, con la confusa sensación de que todo esta corrompido.

Es que cuando se quiere hacer profesión de limpieza, es necesario seguir una sola línea, aunque atraviese con los propios y los extraños, y no hacer zig-zag según los afectos y las conveniencias.

Por este plano de la mentira y de la pasión se destruye ese fondo moral y de buen sentido que anida en los hombres y se crea un clima propicio a las reacciones desesperadas de los que sabiéndose engañados, arremeten simplemente y sin discernimiento, en contra de un orden que ha ido precipitándolos en la desconfianza o en una mediocridad moral, que tolera como naturales los procedimientos o las actitudes más condenables.

XI

Aún es tiempo.

El cuadro general de nuestros males lo sienten instintivamente, todos los chilenos. Este pueblo nuestro que tiene un gran sentido de su dignidad, es rico en calidades humanas y hay en él posibilidades, que sin optimismo, pudieran calificarse de extraordinarias. Solo es-

pera la mano que lo levante y despierte sus energías potenciales.

Basta el menor intento para demostrarlo. De cualquier obrero, con un poco de disciplina e instrucción, forma una policía que por su cultura y eficacia puede equipararse a los mejores del mundo y es un ejemplo de América.

Este solo caso revela el enorme campo para una política social bien concebida.

En sus Universidades, y a pesar de los escasos medios y la falsa orientación, brotan hombres de ciencia que en relación al medio pueden considerarse como superiores y que entre los países iguales, resultan maestros.

Cualquier técnico o industrial europeo o norte-americano reconoce la capacidad física y la adaptación intelectual de nuestros obreros, que bien dirigidos son capaces de una labor cuantitativa y de calidad insuperables.

No existe nación en América que tenga algunos servicios más perfectos y modernizados. En materia de previsión, sin ir más lejos, hemos señalado rumbos en nuestro continente.

La rica vena de poetas, escritores, profesores universitarios, no se agota y demuestra cuán vivas están las energías de nuestra raza.

A pesar de todos sus defectos este país ha vivido en un régimen de democracia y respeto a la ley. No han sido posibles las tiranías ni

los atropellos y se ha alcanzado un grado maravilloso de convivencia pacífica y racional. Esto no se alcanza por las excepciones, sino cuando la gran masa es capáz de entender y juzgar.

Las Fuerzas Armadas tienen un alto grado de eficacia, fervor patriótico y vocación profesional y serían el cuadro ideal para emprender esfuerzos de tipo colectivo, especialmente entre la juventud.

Todo esto nos habla un lenguaje de optimismo. Pero la mayor esperanza es ver que hay miles y miles de hombres que sufren la condición presente de la Patria. Será dificíl encontrar en otra nación un tal número de gentes que sufran como algo personal, los problemas de todos.

Especialmente entre la juventud está viva, ardiente como una llaga, la ambición de levantarse y surgir hacia un nuevo plano.

Si bien, en lo político, la clase media se ha demostrado arribista y sin consistencia espiritual, de otros de sus sectores, y en especial de las provincias, sale una ininterrumpida corriente de individualidades, que incontaminadas, guardan silencio y esperan.

El pueblo mismo a pesar de que ha sido sometido a tantas pruebas, que hubieran podido quebrarlo, y a pesar de la administración

demagógica de sus aspiraciones ha ido formando una conciencia que juzga en su verdadero valor a los que se le acercan. Hay allí mejor juicio y más serenidad de la que pudieran imaginar los que lo conocen desde lejos.

Es que las estructuras interiores son más ricas y valen infinitamente más que todo el externo aparato que las reviste: las capas profundas de Chile aún están sanas. Ese es nuestro gran capital.

Pero, hasta en los mejores, está naciendo el desconcierto. Empiezan a perder la fé en que sea posible romper el cerco, saltar esta inmensa red que ha ido cubriendo con su trama espesa la vida entera de Chile.

Son tantas voces y no se han podido juntar en una sola voz y su expresión es ahogada en cada gran ocasión, porque no tienen como romper con una y otra de las tenazas que aprietan.

A un pueblo no le puede suceder nada peor que no reconocer a tiempo a sus conductores y las minorias que teóricamente tienen la verdad, si nó se convierten en una fuerza, son inútiles.

En toda catástrofe histórica, en la decadencia de toda nación, han existido esas minorías que vieron a tiempo y no fueron escuchadas: los grandes diarios les cerraron sus puertas;

los grandes partidos las burlaron; se miraron con ironía sus entusiasmos y como imposibles, sus soluciones, que eran las únicas reales.

Todos los intereses se confabularon contra ellas, porque se sentían amenazados, al saber que no las engañarían con la sutileza, ni las corromperían con el dinero.

A veces, los pueblos las supieron reconocer y operaron las transformaciones que salvan.

Aún es tiempo para que se abra este nuevo camino. Está en las manos de todos los hombres de Chile y en especial de su juventud, el tener coraje, para este desafío y la voluntad de triunfo.

Es una empresa que puede cubrir de dignidad y alegría a los que sintiéndola, le entreguen lo mejor de sus vidas.

En todos los rincones de Chile, núcleos de estos hombres trabajan en medio de la indiferencia o de la más ruda oposición, soportando la fácil critica, de los que esperan verlos victoriosos para hacerles compañía. Quieren llegar en las horas buenas y convencerse con el éxito. No descubren la fe, ni la decisión sino que analizan las posibilidades en la balanza de su egoismo. Ignoran que toda la historia está hecha por los que abandonando la inacción y la cobardía, siguieron la áspera senda que conduce a los destinos grandes.

INDICE